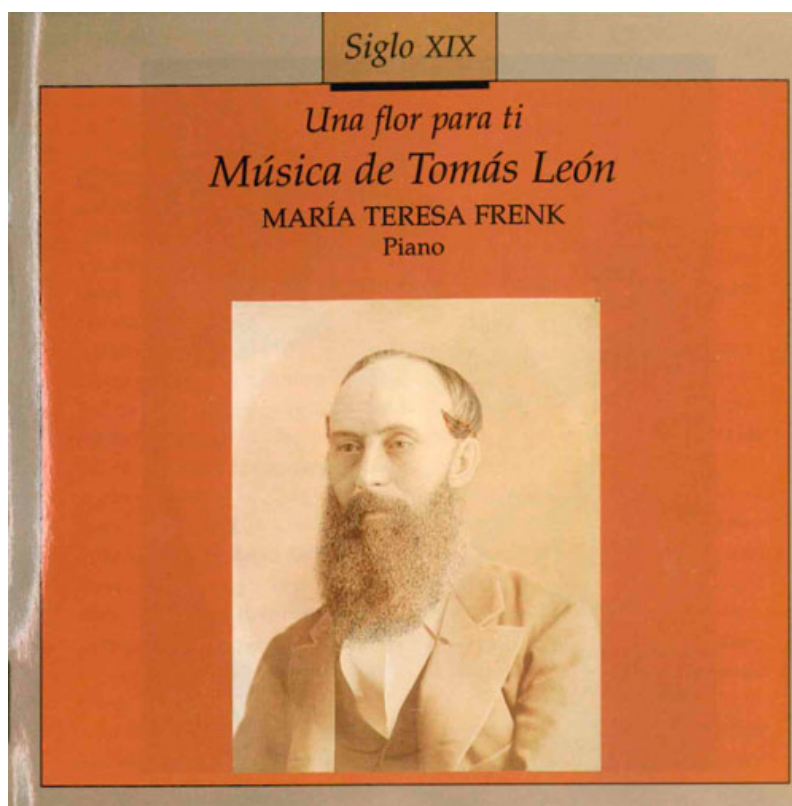


Repositorio de Investigación y Educación Artísticas del Instituto Nacional de Bellas Artes



www.inbadigital.bellasartes.gob.mx

Formato digital para uso educativo sin fines de lucro.

Cómo citar este documento:

Una flor para ti. Música de Tomás León, María Teresa Frenk, piano,
México: Conaculta, INBA, Cenidim, UNAM, 1994 (siglo XIX, vol. II) [CD]

Siglo XIX

Una flor para ti
Música de Tomás León

MARÍA TERESA FRENK
Piano





TOMÁS LEÓN (1826-1893)

Seguramente a un músico del siglo pasado le hubiera parecido imposible poder grabar sus obras y escucharlas cuantas veces le viniera en gana.

Sin embargo, los años nos han traído avances insospechados y hoy tenemos a nuestro alcance, gracias a los esfuerzos del CENIDIM y a la valiosa interpretación de la maestra Teresa Frenk, la música de Tomás León, uno de los mejores pianistas del siglo XIX mexicano.

Hablar de la vida de este artista es remontarnos al inicio de la vida independiente de México y recorrer todo el siglo escuchando las notas musicales que salían de su piano, desentonando con las balas de las múltiples guerras civiles, conflictos internacionales o simples escaramuzas que se sucedieron durante todo el siglo XIX en este país.

Nació en la ciudad de México el 21 de diciembre de 1826, hijo del maestro artesano don José María León y de doña Guadalupe Ortega, su segunda esposa.

Su infancia no debió haber sido nada fácil pues las dificultades económicas de sus padres se agravaron con la muerte de la mayoría de sus hijos; de 13 que tuvieron sólo tres alcanzaron la edad adulta: Tomás, Jacoba y María de Jesús.

Por paradójico que parezca, tal vez esto permitió que doña Guadalupe reparara en las cualidades musicales de su hijo y le diera sus primeras lecciones de piano.

De los estudios maternos Tomás León pasó a ser alumno del organista don José María Oviedo quien, a la postre, resultó ser su único maestro. De él apren-

dió todo lo que sabía. Así adquirió esa maravillosa técnica que poseía y esa facilidad tan rara, aun en los mejores ejecutantes, de leer correctamente a primera vista y de interpretar con genial facilidad la música de los grandes maestros, tal como lo comentarán sus contemporáneos.

Tan rápidos fueron los avances —estudiaba simultáneamente piano y órgano— que a los 14 años el alumno León ya actuaba como organista en los Oratorios de la iglesia Profesa de San Felipe Neri, lugar en el que empezó a ser conocido por la alta sociedad mexicana.

No fue hasta los 27 años de edad cuando se presentó por primera vez en público, el 24 de febrero de 1854, al lado de los notables artistas de la corte del rey de Holanda: el violinista Franz Rooner y el pianista Ernest Lubeck, acompañando a este último en una fantasía de Thalberg, a cuatro manos, sobre temas de *Norma*.

En ese mismo año, el gobierno de Antonio López de Santa Anna, queriendo aprovechar el entusiasmo popular a su vacilante administración, lanzó una convocatoria a los músicos y poetas para la composición del Himno Nacional Mexicano.

Una vez elegida la composición poética de Francisco González Bocanegra, se nombró al jurado encargado de seleccionar la música idónea para el canto de guerra que quedó integrado por don Agustín Balderas, don José Antonio Gómez y don Tomás León. Refería Balderas que él y sus compañeros examinaban cuidadosamente las 15 composiciones que habían entrado al certamen cuando repentinamente Tomás León se puso en pie, como inspirado como una fuerza sobrenatural y exclamó: “¡señores, ya tenemos himno; escuchad!”, y sen-

tándose al piano, interpretó con tal entusiasmo la composición que llevaba el epigrama “Dios y Libertad” que al concluir, el jurado y algunos concurrentes prorrumperon en un aplauso, quedando así sancionada la composición cuyo autor resultó ser Jaime Nunó.

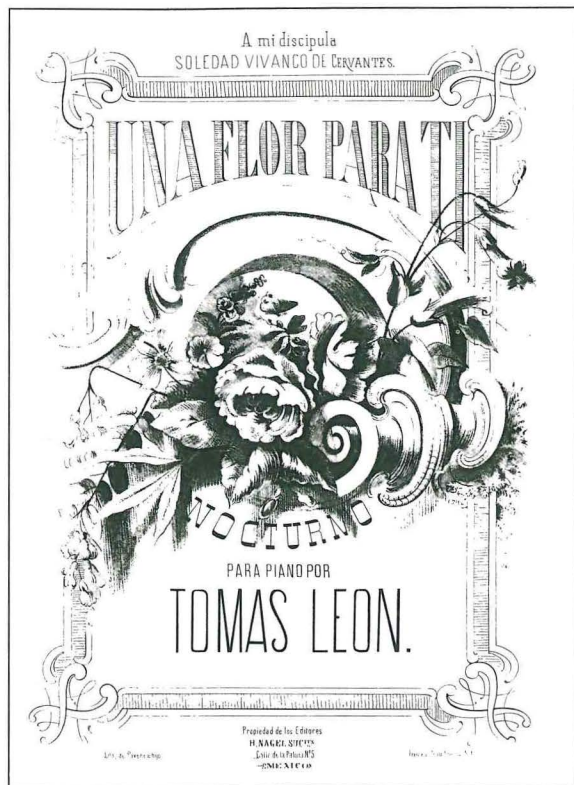
En 1855 León contrajo matrimonio con doña Dolores Mondragón, con quien procreó cinco hijos: Alberto, Carmen, Luis, Enrique y Dolores.

Un año más tarde tuvo el honor de volver a tocar al lado de un gran pianista: Oscar Pfeiffer, a quien acompañó en una fantasía de él mismo sobre temas de *Ernani*.

Sin embargo, la época no le fue propicia para alcanzar fama mundial como concertista; la afición de entonces no era capaz de sostener a un artista, ni él —que carecía de bienes de fortuna y ya tenía que sostener a su propia familia— pudo viajar al extranjero para perfeccionar sus dotes y darse a conocer.

Se dedicó, pues, a la enseñanza y en sus pocos ratos de ocio, a la composición. Como maestro, dejó discípulos de la talla de Julio Ituarte, Manuel Chávez Aparicio, Francisco y José Ortega, Sara Contreras, María Lavista y otros a quienes sería prolijo enumerar. En todo supo infundir su ardiente entusiasmo por el arte que cultivaba.

Infatigable trabajador y verdadero propagador de su arte a pesar de su trabajo diario, no perdía ocasión para hacer sentir a otros la belleza de la música de los grandes maestros y para difundir por dondequiera la afición del arte. Organizaba conciertos cada vez que se le presentaba la ocasión y cuando menos los domingos, reunía en su casa un considerable número de aficionados y discípulos ante quienes interpretaba las obras maestras del piano.



Sin embargo, su mayor gloria fue la de fundar en su propia casa, en unión de todos los artistas y aficionados para quienes él era el centro, la Sociedad Filarmonica de México en 1866 durante el gobierno de Maximiliano, quien gozaba también escuchando personalmente la música de León.¹

Pero como no todo podía quedarse en reuniones musicales, se procedió al establecimiento de un Conservatorio de Música donde se ampliara el horizonte de los estudiosos de este arte.

Hasta ese momento, sólo habían existido algunos intentos frustrados para establecer un centro musical de este tipo y todos los artistas necesitaban de un preceptor particular que les transmitiera sus conocimientos.

Fue entonces Tomás León, junto a todos aquellos que con él compartían su entusiasmo, fundador del Conservatorio —hoy nacional— de Música.

Durante siete años sirvió ahí gratuitamente y hoy en ese plantel no se conserva memoria suya, ya que se separó voluntariamente cuando el presidente Lerdo obligó a todos los profesores jurar fidelidad a las Leyes de Reforma. No quiso someterse a la obligación de protestar algo contrario a sus ideas conservadoras, ni hacerlo con la reserva —tan común entonces— de la contraprotesta, puesto que no le parecía honrado.

A partir de entonces se dedicó de lleno a dar lecciones de piano a las damas más conspicuas de la capital, a las que dedicó la mayoría de sus composiciones, aunque también enseñaba gratuitamente a quienes no podían pagar por aprender.

¹ Ver: Antonio García Cubas. *El libro de mis recuerdos*. Imprenta de Arturo García Cubas, hermanos y sucesores, México, 1904, p. 518. Aquí también se narran los detalles de la fundación del Conservatorio.

Triunfó varias veces en los concursos organizados por el Ayuntamiento de la capital, como el de 1891 en el que fue laureado su vals *Flores Mexicanas*.

La muerte llegó sin avisar ya que una pulmonía fulminante en tres días lo llevó al sepulcro, el 18 de marzo de 1893.

Se fue del mundo acompañado del respeto y la admiración de sus conciudadanos quienes vieron en él al maestro que regó a los cuatro vientos la simiente de su sabiduría y su entusiasmo fecundo como artista.

Guadalupe Lozada León (1993)

LA MÚSICA DE TOMÁS LEÓN

Desde finales del siglo XVIII el piano fue un instrumento que fascinó a la sociedad mexicana, tanto por su sonoridad como por el exquisito repertorio que se había generado para este instrumento. Pianistas como Soto Carrillo y Manuel Horcasitas fueron muy celebrados durante los últimos años del virreinato debido a las sorprendentes ejecuciones que hacían de las obras de Haydn y Pleyel. Así mismo, José Mariano Elízaga fue considerado como un verdadero prodigio musical en aquella ciudad de Valladolid, hoy Morelia.

El piano se convirtió desde los primeros años de vida independiente de México en un mueble indispensable en todo hogar que se llamara respetable, cuyos miembros tenían el deseo y la obligación social de saber ejecutar por lo menos algunas piezas sencillas de corte salonesco.

Las piezas bailables causaron un gran furor entre las familias acomodadas de

México, comparable, quizá, con el que hoy día causan las apariciones en televisión de intérpretes y cantantes de la más diversa fauna.

Este furor salonesco tuvo como consecuencia la expansión del uso del piano y de hecho fue casi el único género que se cultivó en México, haciendo que los compositores se dedicaran a crear piezas para ese público provocando un verdadero estancamiento en el desarrollo musical y pianístico nacional.

Esta situación decadente perduró por varios años hasta que surgió una generación que intentó cambiar las cosas a pasos lentos, difíciles y muchas veces contra la corriente. Esta fue la generación de Tomás León, quien, además de animador y fundador del Conservatorio de México, fue el primer gran pianista del periodo independiente. León forma, junto con Julio Ituarte y Ricardo Castro, la trilogía de grandes pianistas mexicanos de la pasada centuria, siendo a su vez el tronco de una insigne genealogía de pianistas mexicanos que puede llegar a nuestros días.

Este proceso de depuración se dio a través de las dos vertientes musicales usuales en México durante aquellos años: la ópera y la música de salón. No se intentó hacer una revolución con las formas desarrolladas como la sonata y formas afines porque ni el público mexicano ni la mayoría de los compositores estaban preparados para ello, pues en México había una gran tradición teatral y una añeja costumbre de tertulias donde la sociedad gastaba su tiempo libre escuchando música, leyendo poesía y charlando de cosas cotidianas.

Los compositores con más ambiciones abordaron el género operístico como un reto y otros buscaron el camino dentro de las formas más nobles del género de salón, el cual permaneció en general en la mediocridad, ya que la inmensa mayoría de compositores eran músicos aficionados con muy poca autocrítica y

una formación musical que difícilmente llegaba a lo básico, por ello las obras salonescas más finas y de buen gusto se encuentran rodeadas de una desesperante laguna de mediocridad, ramplonería e ignorancia, de tal suerte que las fantasías, nocturnos y elegías de Tomás León y otros están opacadas por una oleada de danzas de poca calidad. Así, los autores más serios y calificados se vieron en la necesidad de cometer algunos “pecadillos artísticos”.

Tomás León no abordó la música orquestal y sus obras son fundamentalmente para piano y ocasionalmente para voz y guitarra, manejando en ellas la variación como único elemento de desarrollo.

Para Tomás León la música era un entretenimiento y no sólo un medio de expresión de los sentimientos. Por ello sus títulos no siempre son una descripción de su música: *¿Por qué tan triste?* dista mucho de ser una pieza triste; *Ilusión y desengaño* no nos presenta esos contradictorios sentimientos que la pose romántica y decadente solía adoptar. Así pues, los subtítulos son más afortunados, ya que son lo suficientemente abstractos y generales para proporcionar una apertura amplia para escuchar sin limitaciones su música: nocturno, pensamiento poético, elegía, etc...

Dos son las características primordiales en la música de Tomás León: su sentido pianístico, impecable y sabio, y la frescura de sus melodías. La primera está lograda gracias a un profundo conocimiento del instrumento, apoyada también por el manejo de un lenguaje armónico simple y transparente. En cambio, la segunda, es producto de un alma de artista sincero y generoso que la autocrítica impone para dar lo que tenía sin falso oropel y de una sencillez a veces cándida pero siempre directa. Las tertulias en casa de León se realizaban en una sala donde se

respiraban aromas estimulantes provenientes de la poesía de Lamartine, la ópera italiana, un México conflictivo pero con esperanza, el pianismo de Liszt, Thalberg y Ravine y los compositores clásicos cuyos retratos adornaban aquella sala: Bach, Mozart, Beethoven y Weber. Aquel ambiente está impreso en la música de León, formas básicamente europeas pero con un cantar que evoca aquel México añejo que vive dormido en la genética de cada mexicano. Por ello al escuchar esta música por primera vez surge algo que nos es desconocido en nuestra conciencia pero de una familiaridad que se nos antoja onírica.

Karl Bellinghausen

TOMÁS LEÓN (1826-1893)

A nineteenth century musician would surely have deemed impossible to record his works and listen to them as he wished. Nevertheless, our time has brought unexpected progress and today we have, because of the efforts made by the CENIDIM and the wonderful performances by Teresa Frenk, the music of Tomás León, one of the best Mexican pianist of the nineteenth century. To chart León's life is to go back to the early days of Mexico's independent life, and to make a journey through last century listening to the notes of his piano, which were in clear discord with the sound of gunfire in many civil wars, international conflicts and small skirmishes that took place in Mexico during the nineteenth century.

Tomás León was born in Mexico City on December 21st, 1826. His parents were José María León, a craftsman, and Guadalupe Ortega, his second wife. His childhood was not an easy one, since the family's economic troubles were com-

pounded by the deaths of most of their children; they had 13 sons and daughters, of which only three survived to reach adulthood: Tomás, Jacoba and María de Jesús. Paradoxically, this circumstance allowed Doña Guadalupe to notice her son's musical qualities, and she taught him his first piano lessons. After his mother's lessons, Tomás León became a student of José María Oviedo, an organist who was to be his only teacher and who taught him everything he knew. Thus León acquired an impeccable technique and the rare gift for sight-reading, which allowed him to flawlessly perform the music of the great masters to the astonishment of his peers. He simultaneously studied the piano and the organ, and he made such rapid progress that at fourteen he was already organist at the San Felipe Neri church, where he was soon noticed by Mexican high society. It was not until he was twenty-seven that he formally appeared in public, on February 24, 1854, alongside violinist Franz Roener and pianist Ernest Lubeck, artists at the court of the Dutch King. With Lubeck, León played a four-hand fantasia by Thalberg on themes from Bellini's *Norma*. That same year, the government of Antonio López de Santa Anna, in an effort to generate some popular enthusiasm for his foundering administration, called on poets and musicians to compete for the creation of Mexico's national anthem. Once the poem by Francisco González Bocanegra was chosen, a jury was named to select the music for the martial song. The jury was formed by Agustín Balderas, José Antonio Gómez and Tomás León. Later, Balderas would recall that he and his colleagues were carefully examining the fifteen scores submitted to the competition, when suddenly Tomás León stood up, seemingly inspired by a supernatural force and exclaimed: "Gentlemen, we have an anthem. Listen." And sitting at the piano he played the music titled *God and freedom* with such enthusiasm that the jury and

those present rose to their feet applauding. Thus was chosen the music of Mexico's national anthem, written by Jaime Nunó.

In 1855 Tomás León married Dolores Mondragón, who gave him five children: Alberto, Carmen, Luis, Enrique and Dolores. A year later he was honored to play with a great pianist: Oscar Pfeiffer, author of a fantasia on Verdi's *Ernani* which they played together. Nevertheless, it was not an auspicious time to make a name for himself as an international performer. The audience was not capable of supporting an artist and León, who was not a wealthy man and had to care for his family, could not travel to Europe in order to further his studies and expose himself to a wider public. He then concentrated on teaching and, in his spare time, he wrote some music of his own. As a teacher, he tutored some noteworthy musicians such as Julio Ituarte, Manuel Chávez Aparicio, Francisco and José Ortega, Sara Contreras, María Lavista and many others. To all of them León communicated his passionate enthusiasm for music.

He was a tireless promoter of music, and he lost no chance to share with others the beauty of great music, frequently playing the works of the great masters. Whenever he could he organized concerts and recitals, and on Sundays he made a point of gathering at his home a number of disciples and music lovers for whom he played the piano masterpieces. His great merit was the foundation of the Sociedad Filarmónica de México (Mexican Philharmonic Society), with other musicians and amateurs who gathered around him. The Society was founded in 1866, during the reign of the emperor Maximilian of Habsburg, who used to enjoy León's playing.¹

¹ See *El libro de mis recuerdos* (The book of my recollections) by Antonio García Cubas. Imprenta de Arturo García Cubas, Hermanos y Sucesores, México, 1904. (p.518)

This book also provides some details on the establishment of the Conservatory.

As these informal gatherings were not sufficient, a Mexican Conservatory was founded as a means to further the teaching of music in the country. Up until then, there had been only a few, unsuccessful attempts to establish a center for music education, and most aspiring musicians were limited to private tuition. It was then that Tomás León and others who shared his enthusiasm, established what would become Mexico's National Conservatory of Music. He taught there for seven years with no pay, and today there is almost no memory of him at the Conservatory. This might be due to the fact that he resigned voluntarily when president Lerdo de Tejada forced all teachers to pledge their allegiance to the Laws of Reform. León didn't want to submit to such laws, which were in clear contradiction with his conservative ideas, and he did not find it honest to pledge his allegiance with later recourse to protest. From that moment, Tomás León was a full time teacher, giving lessons to Mexico City's most conspicuous ladies, to whom he dedicated most of his compositions. At the same time, poor students who could not afford to pay were taught for free by León. He was a prize winner at several music competitions organized by the city hall; for example, his waltz *Flores Mexicanas* (Mexican Flowers) was a prizewinner in 1891.

Death came unexpectedly to Tomás León; a severe bout of pneumonia ended his life in just three days; he died on March 18th, 1893. He left this world amid the respect and admiration of his fellow citizens, who saw in him a devoted teacher who spread all around him his wisdom and his unfailing enthusiasm for music.

Guadalupe Lozada León (1993)

—English translation by Juan Arturo Brennan

THE MUSIC OF TOMÁS LEÓN

The piano has been a fascinating instrument for Mexican society since the late eighteenth century, both for its splendid sound and for the exquisite repertoire written for it. Pianists such as Soto Carrillo and Manuel Horcasitas were widely celebrated during the last years of the viceroyship for their astounding performances of works by Haydn and Pleyel. At the same time, José Mariano Elízaga was considered a musical prodigy in the old city of Valladolid, nowadays known as Morelia.

From the first years of Mexico's independence, the piano became an indispensable piece of furniture in every "respectable" home; family members were socially obliged to perform at least a few pieces of light music.

Dance tunes were the rage among Mexico's wealthy families, not unlike the effect caused today by television appearance by performers and singers of dubious merit.

This rage for the type of light music conceived for the drawing-rooms of the wealthy sparked an expansion of the piano's use, and in fact this was practically the only music genre cultivated in Mexico during that period; composers plunged wholeheartedly into the task of providing light pieces for that type of public, with the consequent stagnation of Mexico's musical development, particularly regarding the piano.

This decadent situation prevailed for a number of years, until the arrival of a generation that endeavoured to change the *status quo* in a slow, difficult and often uphill process. To this generation belonged Tomás León, who was not

only a founder of Mexico's Conservatory, but also the first great pianist of the independent period. With Julio Ituarte and Ricardo Castro, León was a member of the trilogy of great Mexican pianists of the nineteenth century, the root of a brilliant genealogy of Mexican pianists that can be traced up to the present time.

This process of musical depuration took shape under the sign of the two most prominent features of Mexican music life in those years: opera and light music for the drawing-room. There was no intention of revolutionizing music through highly developed forms, like the sonata and other such forms, for neither the public nor the composers were prepared for that because Mexico had a great tradition in the theater, and the old custom of the *tertulias*, informal gatherings at which society whiled away the hours listening to music, reading poetry and engaging in small talk.

The more ambitious composers tackled opera as a kind of challenge, while others sought their path through the nobler forms of light music, which had sunk into mediocrity due to the lack of a solid technical background displayed by the majority of composers who were little more than amateurs. Thus, the finest pieces of this genre are surrounded by numerous works marked by mediocrity, ignorance and the commonplace; the fantasies, elegies and nocturnes written by Tomás León and others are obscured by a vast array of dance tunes of little merit. Because of this, the more serious and authoritative composers were forced to commit a few artistic cardinal sins.

Tomás León did not approach orchestral music, and his works are basically for the piano and, occasionally, for voice and guitar, with the variation as the sole means of musical development. Tomás León considered music not only as a means of expression, but also as an entertainment; that is why some of his titles are not a description of the music itself. *¿Por qué tan triste?* (Why so sad?) is far from being a

sad piece; *Ilusión y desengaño* (Hope and disappointment) does not express these contradictory feelings, much in vogue among the romantic and decadent. Thus the titles are an advantage, for they are abstract enough so that the listener can hear León's music with an open mind, concentrating on the pieces themselves: nocturne, elegy, poetic thought, etc. There are two main features in Tomás León's music: an impeccable feeling for the piano's idiom, and the freshness of his melodies. The first feature is rooted in a deep knowledge of the instrument, together with a simple and transparent harmonic language. The second one is a reflection of a sincere and generous artist's soul, one who gave what he had to give with a keen sense of self-criticism, without the false glitter of tinsel, and with a straightforward simplicity.

The social gatherings at León's house took place in a drawing-room paraded by the stimulating scents of Lamartine's poetry, Italian opera, a conflictive but hopeful Mexico, the piano playing of Liszt, Thalberg and Ravine, and the classical composers whose portraits graced the room's walls: Bach, Mozart, Beethoven and Weber. This environment is clearly present in León's music, built on forms that are basically European but imbued with the strains of that ancient Mexico, always present in every Mexican's genetic makeup. That is why on listening to his music for the first time we have a feeling of something that is consciously unknown, but at the same time is uncannily familiar, in a dreamlike sort of way.

Karl Bellinghausen

—English translation by Juan Arturo Brennan

María Teresa Frenk nació en la ciudad de México. Realizó sus estudios musicales en el Conservatorio Nacional de Música y en la Escuela Superior de las Artes de Berlín. También participó en cursos de perfeccionamiento con maestros como Jörg Demus, Marcel Heuclin, Guido Agosti, Jorge Bolet, Angélica Morales y el Trío Schubert de Viena.

Desde 1982 es profesora de piano y música de cámara en la Escuela Nacional de Música de la Universidad Nacional Autónoma de México. En enero de 1994 ingresó al grupo Concertistas de Bellas Artes.

Teresa Frenk ha ofrecido conciertos y recitales en México, Nueva York, Berlín y Viena.

María Teresa Frenk was born in Mexico City, and studied at the National Conservatory and the Hochschule der Künste in Berlin. She also attended masterclasses by such teachers as Jörg Demus, Marcel Heuclin, Guido Agosti, Jorge Bolet, Angélica Morales and the Wiener-Schuber Trio. Since 1982 she has been a professor at the Music Faculty of the National University of Mexico. In January 1994 she became a member of the group Concertistas de Bellas Artes (National Institute for Fine Arts).

Teresa Frenk has played concertos and recitals in Mexico, New York, Berlin and Vienna.



CENIDIM

Producción: Ana Lara
Ingeniero de sonido: Humberto Terán
Edición: Gerardo Macín
Masterización: Producciones Mactrax
Notas: Guadalupe Lozada y Karl Bellinghausen
Traducción: Juan Arturo Brennan
Portada: Retrato de Tomás León
Diseño: Bernardo Recamier

Una flor para ti
Música de Tomás León

MARÍA TERESA FRENK

Piano

<i>Cuatro danzas habaneras</i>		10 <i>Angélica</i> (Mazurka)	3:17
1 <i>I La reina de las flores</i>	:52	11 <i>Una flor para ti</i> (Nocturno)	2:58
2 <i>II La luz eléctrica</i>	1:00	12 <i>Lamentos del corazón</i>	
3 <i>III Yo se lo diré a usted</i>	1:24	(Elegía)	3:57
4 <i>IV ¿Qué le importa a usted?</i>	:51	13 <i>Jarabe Nacional</i>	1:35
5 <i>Guarda esta flor</i> (Nocturno)	2:37	14 <i>El azahar</i> (Schottisch)	2:18
6 <i>Laura</i> (Vals)	5:53	15 <i>Pensamiento poético</i>	3:06
7 <i>Dolor profundo</i>	3:10	16 <i>¿Por qué tan triste?</i>	3:50
8 <i>Ilusión y desengaño</i>		17 <i>Elegía a la memoria de</i>	
(Romanza dramática)	5:41	<i>José Ignacio Durán</i>	3:16
9 <i>Mirando al cielo</i> (Capricho)	4:23	18 <i>Los jóvenes alegres</i> (Polka)	2:05

Serie Siglo XIX, Vol.II

DDD / Duración total 54: 28 / © Hecho en México, 1994

